

2.

¿QUÉ PAPEL JUEGA ISRAEL EN
ESTA GUERRA?

CLARA M^a THOMAS DE ANTONIO
Universidad de Sevilla

Entre las causas de la crisis de Iraq hay un tema que sigue muy silenciado: el papel de Israel en el conflicto. Causa indignación que EE.UU. y Gran Bretaña argumenten que hay que atacar a Iraq porque ha incumplido las resoluciones de la ONU desde la Guerra del Golfo de 1991, pero silencien que el Estado de Israel las ha incumplido sistemáticamente desde su creación en 1948. Pero esto no aparece en los medios, ni en los argumentos de los políticos, salvo en contadísimas ocasiones. ¿Por qué la comunidad internacional aplica ese doble rasero en sus decisiones? ¿Qué intereses se ocultan tras ese silencio?

Hemos observado cómo, en las manifestaciones que se producen en Iraq contra la guerra, se queman banderas de EE.UU. y de Israel. Por otro lado, el titular de portada del ABC del pasado 7 de febrero de 2003 dice: "EE.UU. montará misiles Patriot en Jordania para *defender* a Israel de los ataques iraquíes". ¿Es que Israel tiene algo que ver con la actual crisis? Una primera pista la da Edward Said (2002: 4) cuando afirma que la política de EE.UU. para Oriente Medio, apoyada por Gran Bretaña, se asienta en dos pilares centrales: el control de las abundantes reservas de petróleo de la región y la seguridad de Israel. ¿Por qué EE.UU. tiene tanto interés en defender al Estado de Israel? ¿Y qué pinta Gran Bretaña en esta historia?

El eje Bush-Blair-Sharón no surge en la actualidad como resultado de la condenable política del régimen iraquí, sino que forma parte de un largo proceso –al que ha aludido Mz. Montáñez– en el que ahora convergen dos proyectos: el proyecto neocolonial de EE.UU. para la reorganización geoestratégica de la región y el proyecto sionista para Palestina, es decir, el proyecto del Gran Israel que se inició hace muchas décadas y se plasmó en su bandera con las dos franjas azules que simbolizan el Éufrates y el Nilo.

Del proyecto sionista apenas se habla, aunque se conozca la conflictividad que existe en lo que hoy llaman Israel, pues ya han borrado de los mapas el nombre de Palestina. Se conoce lo que ocurre en la actualidad, pero –de nuevo como ha señalado Mz. Montáñez– parece que el conflicto nace hoy. No se analizan las raíces.

Por eso nos vamos a centrar en este aspecto tan silenciado de la crisis de Iraq. Como hay muchos datos sobre el tema, y en especial sobre la evolución del proyecto sionista y la protección que le han ofrecido EE.UU. y Gran Bretaña, nos vamos a limitar a ofrecer los hitos más importantes del proceso, partiendo de la historia de Palestina, de Israel y del mundo árabe moderno.

Suele pensarse que un arabista siempre es parcial al enfrentarse al tema de Israel. Por tanto, apenas usaremos argumentos aducidos por estudiosos árabes, como Edward Said, ensayista palestino, profesor de la Universidad de Columbia en Nueva York y Premio Príncipe de Asturias a la Concordia en 2002. Preferimos recurrir a los llamados “nuevos historiadores” israelíes –como Ilan Pappé, profesor de Historia de la Universidad de Haifa sobre el

que pesa la amenaza de despido– que están espigando en los archivos secretos israelíes para sacar a la luz lo que se nos ha ocultado durante este larguísimo proceso, en su intento por reconstruir la verdadera historia del Estado de Israel. También recurriremos a algún periodista israelí –como Ury Avnery, fundador de la asociación pacifista “Gush Shalom” y autor de *Doce mentiras convencionales sobre el conflicto palestino-israelí*– o a los argumentos de algunas organizaciones de judíos americanos –como “Judíos por la Justicia”– que rechazan que los dirigentes de Israel aniquilen a los palestinos en su nombre, diciendo algo que se ha convertido en un lema en manifestaciones contra la guerra de Iraq: “no en nuestro nombre” (*not in our name*)

La creación del Estado de Israel en 1948 no fue sólo fruto ocasional de la mala conciencia de Occidente ante el espantoso Holocausto nazi que se produjo durante la 2ª Guerra Mundial, sino que formaba parte, desde 1882, del proyecto sionista de crear un estado judío en Palestina. En 1882 Leon Pinsker reivindicaba una patria para los judíos en *Autoemancipación*. En 1896 Theodor Herzl publicó en Viena *El Estado Judío*, en que proponía la vuelta a Sión y la creación del “movimiento sionista”, y declaró su intención de hacer desaparecer discretamente a la población árabe pobre, negándole el trabajo en Palestina y buscándolo fuera de sus fronteras. Y más tarde el barón Edmond de Rothschild, banquero judío francés, apoyó el establecimiento judío en Palestina financiando la colonización.

Para llevar a cabo estos planes era necesario “desarabizar Palestina y judaizarla” (Pappé, 2002: 2) Leyendo los diarios de los fundadores del Sionismo, se comprueba que éstos eran conscientes

de que sus aspiraciones a un Estado Judío chocaban con “la existencia de una población indígena que había estado viviendo en Palestina durante miles de años”, y que “conocían la presencia de una sociedad y una cultura locales incluso antes de que los primeros colonos [judíos] llegasen a Palestina” (Pappé, 2002: 2)

Para cambiar esa realidad, los sionistas inventaron un falso *slogan* que fueron propagando hábilmente: que Palestina era “una tierra sin hombres para unos hombres sin tierra”. Se hizo creer a muchos judíos que en Palestina no había gente o que sobraban tierras para cultivar y se les ofrecía una magnífica oportunidad para volver a Sión. Y para hacer realidad ese falso *slogan* se sirvieron principalmente de dos métodos: la “expulsión” o la desposesión de sus tierras de la población indígena, y el “asentamiento” o su repoblación con colonos judíos (Pappé, 2002: 2) Y ésta es la política que, como todos hemos podido comprobar, han ido practicando de forma sistemática desde entonces hasta la actualidad.

Los fundadores del sionismo eran conscientes de que el proceso de asentamiento sería largo, porque su movimiento no había alcanzado legitimidad regional ni internacional, por lo que tendrían que aprovechar las “coyunturas históricas” que lo favorecieran. David Ben Gurión, líder de la comunidad judía en los años 30 del s. XX y futuro Presidente de Israel, ha aludido en muchas ocasiones a que, para imponer su proyecto en Palestina, eran necesarias unas “condiciones revolucionarias”, en referencia a ciertas coyunturas que lo favorecieran, como una guerra y los posibles cambios de gobierno que pudieran producirse (Pappé, 2002: 2), como ocurre ahora con la crisis de Iraq.

En espera de esas coyunturas, fueron preparando el terreno. Fundaron el Banco Judío para financiar la empresa y fueron

comprando tierras en Palestina para los primeros *kibbutzs* o “asentamientos” de colonos judíos, dejando sin trabajo a los jornaleros árabes. Los dirigentes sionistas sabían que no había tierra buena disponible, por lo que la colonización judía significaba el despojo de los árabes. Además, las tierras compradas se ponían a nombre del Fondo Nacional Judío, para mantenerlas como propiedad inalienable del pueblo judío.

Tampoco descuidaron los aspectos políticos, frecuentando las cancillerías europeas y americanas para recabar apoyos. Aunque al principio el movimiento sionista era débil ¹, fue creando poco a poco poderosas organizaciones –como la Sociedad Judía o la Compañía Judía– y sociedades sionistas o pro-sionistas por todo el mundo, en especial en Gran Bretaña y en EE.UU.

La “*primera coyuntura*” favorable para el proyecto sionista se presentó con la 1ª Guerra Mundial. Durante la guerra, Gran Bretaña hizo promesas a los árabes –“Correspondencia Husayn-McMahon”– de crear un Reino Árabe unido tras la guerra a cambio de su apoyo contra los turcos, mientras firmaba en secreto el acuerdo “Sykes-Picot” con Francia y Rusia para repartirse los restos del Imperio Otomano. Además, en 1917 el banquero judío Lord Balfour² comunicó en una carta secreta al barón Lionel Walter de Rothschild, judío sionista, la decisión de su gobierno de crear un “Hogar Nacional Judío” en Palestina, en el que se respetarían los derechos de la población no-judía. Esta “Declaración

¹ En 1900, un millón de judíos se habían establecido en EE.UU. y otros muchos en diversos países de Europa, desoyendo sus primeras llamadas a instalarse en Palestina.

² Por entonces Ministro de Exteriores británico del gobierno de George Lloyd y amigo del dirigente sionista Weizmann.

Balfour”³, pronto aprobada por Francia, Italia y EE.UU., fue el primer paso para hacer realidad el proyecto sionista.

Al acabar la guerra, Gran Bretaña dio un nuevo paso al lograr que la Sociedad de Naciones le asignara el Mandato⁴ sobre Palestina e Iraq. Desde 1915, algunos medios británicos ya habían aconsejado crear en Palestina un estado “tapón” judío bajo protección británica. Por otro lado, en junio de 1916 un informe de Sykes destacaba el interés del petróleo de los países árabes. Dos curiosas coincidencias con la crisis actual.

Una vez adjudicado el Mandato en 1920, Gran Bretaña siguió apoyando la política sionista, nombrando Alto Comisario para Palestina al judío Herbert Samuel, fijando amplias cuotas para la inmigración judía o destituyendo al alcalde de Jerusalén por oponerse a su política. En 1929 se creó la Agencia Judía para financiar las instalaciones de colonos, y los británicos reprimieron con energía la rebelión árabe de al-Buraq que se produjo como reacción. En 1930, la Comisión Shaw concluía su informe sobre los disturbios de 1929 diciendo: “los árabes han llegado a considerar la inmigración judía no sólo como una amenaza para sus medios de existencia inmediatos, sino como una dominación potencial en el futuro”; y la Comisión Hope-Simpson reconocía que ya no había tierras para los colonos judíos y que la inmigración creaba desempleo árabe. De 1936 a 1939

³ Fue considerada inválida por los árabes porque Gran Bretaña no tenía aún dominio sobre Palestina.

⁴ En 1919, Balfour declaró que las 4 potencias del momento estaban comprometidas con el sionismo, lo que pesaba más que los 700.000 habitantes de Palestina, por lo que ni siquiera se consultó a la población de este país para la implantación de los Mandatos, contraviniendo la Declaración Anglo-Francesa de 1918. Y en el texto de la declaración del Mandato no se menciona la palabra “árabe”, a pesar de que el 90% de la población de Palestina lo era.

los británicos reprimieron la gran revuelta árabe y usaron campos de detención, dinamitaron las casas de los sospechosos, deportaron a los líderes y disolvieron las organizaciones palestinas, hechos que recuerdan a las actuales prácticas del gobierno de Ariel Sharón. En 1938 Gandhi escribió un artículo en el que afirmaba que Palestina pertenecía a los árabes y que era injustificable que los judíos entraran allí “protegidos por los fusiles británicos” (JJ: 8) Por otro lado, Ben Gurión, cuyas aspiraciones no se limitaban a Palestina sino al Gran Israel de las fronteras bíblicas, reconocería la lógica de la insurrección árabe: “políticamente, somos los agresores, y ellos se defienden (...) El país es suyo, porque ellos lo habitan, mientras que nosotros queremos venir aquí a implantarnos” (JJ: 7, 15)

Gran Bretaña facilitó, por tanto, la inmigración judía y la compra de tierras, a pesar de las protestas y revueltas palestinas. La población judía se incrementaba, mientras miles de palestinos se veían forzados a emigrar, como denuncia el palestino Ibrahim Tuqán (1905-1941) en su poema “Mil”:

*Hay un número negro que no es trece,
pero que lo supera en fechorías.
Es el número 1000. Nunca se ha golpeado
con tanta y tanta saña a Palestina.
Mil que emigran... Otros mil que se escapan...
Y mil turistas que entran sin retorno...
Hay mil salvoconductos... Y también mil maneras
para aliviarles todos los obstáculos.
Y en la mar hay millares... Su oleaje
viene todo cargado de navíos.*

(Mz. Montávez, 1985: 80)

Tuqán, avizorando la futura Partición, denuncia en otro poema el sarcasmo de cuantos participaban en el expolio de Palestina, y la ineficacia de los dirigentes árabes para impedirlo:

*Vosotros, los devotos patriotas.
Vosotros, los que cargáis con "la cuestión".
Vosotros, los que obráis sin hablar.
¡Bendiga Dios vuestros potentes brazos!
¡Cuántas "declaraciones" vuestras
valen por un ejército potente
con sus pertrechos bélicos a rastras!
¡Cuántos "congresos" vuestros nos devuelven
un glorioso pasado de conquistas omeyas!
Con las floridas fiestas que se vienen,
el final del país está a la puerta.
Reconocemos –sí– vuestros "favores",
pero un deseo en el alma aún nos late:
Ya que nos queda aún un trozo de país,
sentaos, no sea que vuele, como el resto.*

(Mz. Montávez, 1985: 79-80)

La "segunda coyuntura" favorable llegó con la 2ª Guerra Mundial y el terrible Holocausto nazi que aniquiló a varios millones de judíos ante la pasividad de la comunidad internacional. Los sionistas acusaron al mundo por su indiferencia y exigieron compensaciones materiales, políticas y morales⁵. Pero, a la vez,

⁵ Sin embargo, hay muchos datos que confirman ciertas connivencias sionistas con los nazis o de boicot hacia intentos de salvarlos si no era para llevarlos a Palestina: el propio Ben Gurión y otros dirigentes no hicieron nada por salvar a los judíos e incluso sabotearon muchos planes para acogerlos, salvo cuando se dirigían a Palestina; terroristas judíos volaron en 1940 el Buque *Patria* porque no transportaba

el Holocausto les brindó una ocasión única para comenzar a hacer realidad su proyecto. Y después sacarán ventajas políticas de él explotando el victimismo hasta la actualidad, como ha denunciado la organización "Judíos por la Justicia". Israel lo explotó para financiarse, consiguiendo ayudas de muchos países y exigiendo compensaciones de guerra a Alemania. También lo va a explotar en las siguientes décadas, manteniendo la mala conciencia occidental a través de los medios de comunicación o la industria cinematográfica –donde abunda el capital judío– para poner de relieve la violencia palestina o para recordar el Holocausto en películas que en estos momentos se están proyectando de forma masiva en las televisiones de todo el mundo.

Tras el Holocausto se produjo una llegada masiva a Palestina de judíos supervivientes, lo que suponía el desplazamiento de la población árabe. Ante la reacción de los palestinos, Gran Bretaña se vio forzada a frenar esa inmigración –como se evidencia, por ejemplo, en el incidente del barco *Exodus* en julio del 47, reflejado en la película del mismo nombre–. Esto provocó los primeros enfrentamientos de los judíos contra los británicos, seguidos de una campaña de atentados del Stern y el Irgún –liderado por Beguín– que culminó en 1946 con la voladura del Hotel Rey David, sede del cuartel general británico.

Mientras tanto, los dirigentes sionistas lograron que el Presidente Truman y el gobierno Británico aceptaran su idea de crear el Estado de Israel. En 1937, Gran Bretaña ya había propuesto un primer Plan de Partición, recomendando crear un Estado Judío,

a los judíos a Palestina; las organizaciones sionistas trataron como un traidor a Roosevelt por su propuesta de 1945 –secundada por Gran Bretaña y otros países– de aceptar un gran cupo de judíos en EE.UU. (JJ: 22, 25)

sin población árabe, y otro Estado Árabe que se fusionaría con Jordania, plan muy similar a los actuales proyectos anglo-americanos para Oriente Medio (cfr. CSCA, 2002) tras el ataque contra Iraq.

Por todo ello, Gran Bretaña decidió en 1947 trasladar el problema a la recién creada ONU, que aprobó la Partición de Palestina (29-11-1947) por la Resolución 181, que contó con 33 votos a favor, 13 en contra (países árabes, Afganistán, India, Pakistán, Turquía, Cuba y Grecia), y 10 abstenciones (Argentina, Colombia, Chile, El Salvador, Etiopía, Honduras, México, Yugoslavia y Gran Bretaña) Aunque la población judía era sólo 1/3 del total, el Estado Judío recibía el 55% de la tierra, en la que el 48% era población árabe. Lógicamente, los árabes rechazaron la Partición, y los judíos la aceptaron, pero no de forma unánime: Beguín consideraba ilegal la partición de la "patria" y declaró que *Eretz Israel* sería devuelta al pueblo de Israel, toda y para siempre; y Ben Gurión declaró en 1948 que la aboliría, aunque vio en la Partición la oportunidad ideal para ensanchar las fronteras asignadas por la ONU (JJ: 9)

Pero la creación del Estado de Israel no fue sólo fruto de la compasión hacia los judíos supervivientes y de la mala conciencia occidental, sino un primer paso de EE.UU. para instalar en Oriente Medio un estado "amigo" que le permitiera contrarrestar el poder de la URSS en la zona: Gran Bretaña había cumplido su promesa de crear un "Hogar Judío" en Palestina, pero era necesario que se retirara para que surgiera el Estado Judío. Y éste se creó con la ayuda americana, ya que la 2ª Guerra Mundial había acabado con la hegemonía de Francia y Gran Bretaña, que ahora pasaba a EE.UU. y la URSS.

La importancia de la comunidad judía americana⁶ fue decisiva para que EE.UU. fuera el primer país en reconocer al Estado de Israel (15-5-1948), como lo confirman las palabras de Truman: "Lo siento, señores, pero tengo que satisfacer a cientos de miles que están ansiosos de ver el éxito del sionismo. No tengo cientos de miles de árabes entre mis electores" (JJ: 8-9). Además EE.UU. fue el partidario más agresivo de la Partición y demoró la votación de la Asamblea General hasta convencer –se habló de "intimidación diplomática" (JJ: 8) a ciertas repúblicas de Latinoamérica, que no podían arriesgarse a sus represalias– para que la votaran o al menos se abstuvieran, como ha intentado en esta crisis de Iraq.

La creación del Estado de Israel –proclamado por Ben Gurión el 14 de mayo de 1948, nada más finalizar el Mandato británico– y los acontecimientos posteriores representan para los árabes y los palestinos la *Nakba*, la "catástrofe", pues la comunidad internacional les hizo pagar a ellos los crímenes cometidos por los nazis, arrebatándoles gran parte de sus tierras y dando inicio a su largo drama. Aunque la Resolución 181 obligaba a salvaguardar los derechos de los palestinos, la decisión de la ONU pudo ser legal, pero nunca lícita ni ética. Como dice "Judíos por la Justicia" (20-21), la decisión fue "una respuesta emocional de culpabilidad a los horrores del Holocausto", y de no haber sido por ello,

⁶ Ya en 1942 congresistas y personalidades de EE.UU. habían entregado un *memorandum* al Presidente Roosevelt de apoyo a la creación del ejército judío, y se había celebrado una conferencia sionista en el Hotel Biltmore de Nueva York, donde se elaboró el programa propuesto por Ben Gurión para crear el Estado de Israel y organizar un ejército judío, que será apoyado en enero de 1944 por el Congreso de EE.UU. En el verano de 1944, los partidos demócrata y republicano de EE.UU. reclamaron la libre inmigración judía a Palestina. En junio de 1945, el presidente Truman pidió que se autorizara la inmigración inmediata a Palestina de 100.000 judíos, y luego Dewey, gobernador de Nueva York, reclamó la inmigración de cientos de miles de judíos (CP: 12, 16)

“hubieran prevalecido las incontestables reivindicaciones de la mayoría árabe”. “No se soluciona un error cometiendo otro”.

A partir de la creación del Estado de Israel, se sucedieron varias guerras en Palestina. Antes incluso de que comenzara la Guerra de 1948-49 –que los israelíes llaman la “Guerra de Liberación”– los judíos desataron una campaña de terror –recuérdese la masacre de Dayr Yasín (9-4-1948)– para forzar el éxodo de la población árabe, no sólo de la tierra asignada al Estado Judío, sino de la adjudicada al Estado Árabe por la ONU. Israel ha presentado siempre esta guerra como defensiva, diciendo que los ejércitos árabes –que no entraron en Palestina hasta el 16 de mayo del 48– querían “echar a los judíos al mar”; pero fue una guerra ofensiva, iniciada aún con la presencia británica para ampliar los límites fijados en la Resolución 181, como reconocerá Beguín más tarde: “Fuimos los primeros en pasar de la defensiva a la ofensiva (...) Los árabes comenzaron a huir aterrorizados” (JJ: 10)

También hay que señalar que la actual actitud de Jordania en la crisis de Iraq recuerda a la mantenida en 1948-49, cuando el rey Abdallah⁷ “prometió a israelíes y británicos que la Legión Árabe, la única fuerza de combate de los ejércitos árabes, evitarían el combate con los asentamientos judíos” (JJ: 11), por lo que la parte asignada al Estado Judío por la ONU no fue puesta en peligro por los ejércitos árabes.

⁷ Según Mz. Carreras (1991: 105, 107), el objetivo de Abdallah era anexionarse Jerusalén y Cisjordania, como así ocurrió, y lo negoció con Golda Meir y con el gobierno británico. Tal vez ésta fue la razón de que un palestino le asesinara en 1951. Además, en julio de 1970, tanto Israel como Jordania aceptaron el Plan Rogers para Oriente Medio, por lo que Jordania tendría problemas con los palestinos, que culminaron en el llamado “Septiembre Negro” en que la resistencia palestina fue aplastada por el ejército jordano y expulsada de Jordania.

Al final de la guerra del 48-49, un millón de palestinos había huido de sus tierras, y los judíos habían ocupado y confiscado ilegalmente gran parte del territorio asignado al Estado Árabe por el Plan de Partición. Israel emitió leyes para confiscar las tierras abandonadas por los palestinos⁸, y varias resoluciones de la ONU –en especial, la Resolución 194– exigieron al Estado de Israel, entre otras cosas, que devolviera sus tierras a los palestinos y les permitiera el retorno, pero Israel las incumplió, comenzando así su larga lista de conculcaciones de la legalidad internacional⁹.

Israel había realizado, en cuanto había podido, una importante “limpieza étnica” con los palestinos. Ya en 1940 el director del Fondo Nacional Agrario judío, Joseph Weitz, abogaba por ella diciendo: “no debemos dejar una sola aldea, ni una sola tribu” (JJ: 11), porque sabía que no había sitio para dos pueblos en Palestina. Durante la guerra del 48, Ben Gurión aludía a dicha “limpieza étnica” con un eufemismo: “Apoyo el ‘traslado coercitivo’. No veo nada inmoral en él” (JJ: 11-12), porque no quería pasar a la historia como el “gran expulsador” y confiaba en que sus generales “comprendieran” lo que tenían que hacer. Sobre la campaña judía de terror, dice el historiador israelí Uri Milstein: “cada campaña terminaba en una masacre de árabes”; y, según el ex-director de archivos del ejército israelí, “se cometieron actos que son definidos como crímenes de guerra, masacres y violaciones en casi cada aldea que ocupamos” (JJ: 10). Entre las 350 aldeas árabes atacadas,

⁸ Según “Judíos por la Justicia” (p. 13), la confiscación de tierras por conquista militar no deroga el derecho a la propiedad y los bienes personales de la población civil no combatiente.

⁹ Hay que recordar también que la ONU, que rechazó la primera solicitud de ingreso de Israel “por incumplir sus resoluciones”, la admitió meses más tarde, poniendo como condición que cumpliera las Resoluciones 181 y 194, que sigue sin cumplir hoy día.

destaca la masacre de Dayr Yasín (9-4-1948), en que el Stern y el Irgún mataron a 254 palestinos, en su mayoría ancianos, mujeres y niños; por ello, el 16 de mayo del 48 –dos días después de proclamarse el Estado de Israel– habían huido ya 200.000 palestinos, y en diciembre había un millón de refugiados palestinos, aunque Israel mantendrá durante mucho tiempo que éstos abandonaron sus hogares voluntariamente. Y, tras esta guerra, seguirán atacando aldeas palestinas dentro y fuera de su territorio.

Ilan Pappé (2002: 3) explica que esta “limpieza étnica” que se produjo en 1948 no necesitaba de órdenes escritas de los mandos militares israelíes pues, gracias al servicio de educación y adoctrinamiento ideológico –apoyado en unos eficaces servicios de inteligencia–, cada miembro de la comunidad judía sabía qué debía hacer para “vaciar la tierra de su población indígena”. Sus dirigentes habían dejado claro que no les importaban los medios que usaran para conseguir que cada operación contribuyera a la *judaización* de Palestina. Y esa labor de adoctrinamiento ha proseguido a nivel internacional hasta la actualidad gracias al formidable aparato de propaganda en que se ha volcado el capital judío.

Para Pappé (2002: 1-2), en 1948 se unieron el momento más glorioso y el más perverso de la historia judía. El más glorioso fue el milagro de “tener un Estado o alcanzar un sueño de retorno a la tierra después de lo que ellos contemplaban como 2000 años de exilio”. El más perverso fue la colonización, las masacres, las violaciones y la quema de aldeas palestinas, porque “los judíos hicieron en Palestina lo que no habían hecho en ningún lugar durante los 2000 años anteriores”. Por ello, la memoria colectiva israelí ha borrado el momento perverso, distorsionando la historia de los acontecimientos del 48: términos como “limpieza étnica” o “expulsión” de palestinos no existen, y han sido reemplazados –en los

libros de texto, en los contenidos académicos y en el discurso político– por una historia de liberación nacional y de gloriosas campañas, repletas de heroísmo, coraje y superioridad. Y esa memoria colectiva lucha contra cualquiera que intente recordarle la realidad, tanto fuera como dentro de Israel.

Al acabar la guerra del 48, Israel había conseguido el 78% del territorio de Palestina, mientras Jordania y Egipto se quedaban con Cisjordania y Gaza respectivamente hasta 1967. También cabe resaltar que Iraq fue el único país árabe que no firmó el armisticio de Rodas de principios del 49 que ponía fin a la guerra, y que en la Conferencia de Lausana de abril del 49 Israel prefirió un armisticio, pues un acuerdo de paz habría supuesto reconocer un Estado Palestino y admitir el retorno de los refugiados y la devolución de sus tierras (JJ: 13)

Otro intento de expansión fallido se produjo en la crisis de Suez de 1956. Gran Bretaña se alió con Israel y Francia para organizar un complot militar, en el que el ataque israelí en el Sinaí sirviera de excusa para que las fuerzas franco-británicas intentaran recuperar el Canal. El ataque fue precedido por otra masacre de campesinos en la aldea de Kufr Qásim (29-10-1956), a fin de distraer la atención. Sin embargo, EE.UU. la URSS y la ONU condenaron el ataque, y las tropas tuvieron que retirarse.

La conquista de Palestina continuó en la Guerra de Junio de 1967, en la que Israel ocupó Gaza y Cisjordania –tierras palestinas que habían estado desde 1948 bajo administración jordana y egipcia, y en las que prosiguieron su política de expulsión y colonización– así como el Golán sirio y el Sinaí egipcio. Esta guerra también fue ofensiva, a pesar de que la teoría oficial la considera un “ataque preventivo” para defenderse de la alianza de

Egipto, Siria y Jordania. En realidad, como dijo Rabin en 1968, fue sólo un “pretexto”, o una ocasión para expandirse, como declararon varios líderes israelíes: “no había amenaza de destrucción”, pero “el ataque estaba justificado en todo caso para que Israel pudiera existir según la escala, el espíritu y la calidad que ahora encarna” (JJ: 16)

Así esas tierras se convirtieron en lo que hoy se denomina “Territorios Ocupados” (TTOO). El general Moshé Dayán, héroe de la guerra del 67, era consciente de la usurpación, porque dijo más tarde: “Este país ya estaba poblado por árabes, y estamos estableciendo aquí un estado hebreo, es decir, judío (...) Las aldeas judías fueron construidas remplazando a las aldeas árabes. No hay una sola comunidad en el país que no haya tenido antes una población árabe”. “Les estamos quitando su tierra ante sus propios ojos” (JJ: 24, 26) Dayán confesó también que provocaron a Siria metiendo tractores en sus tierras para que dispararan y poder atacar ellos (JJ: 16). Su biógrafo aclara las tácticas israelíes para apoderarse de esa tierra, como la de “inventar peligros” para entrar en el ciclo de “provocación-revancha” –táctica que han seguido practicando con asiduidad y que también está usando ahora el eje Bush-Blair-Sharón–, pues consideraba la espada como principal arma de Israel y deseaba una guerra con los países árabes para expandirse más allá de sus fronteras en busca del Gran Israel bíblico (JJ: 26)

A partir del 67 los “Territorios Ocupados” quedaron sometidos al control de Israel, que volvió a conculcar la legalidad internacional incumpliendo las distintas resoluciones de la ONU, como la 242 que le exigía retirarse porque se juzgaba “inadmisibles la adquisición de territorios por la guerra”. Pero, según la interpretación sionista, no tiene sentido hablar de *ocupación* de Gaza y

Cisjordania: refiriéndose a esos “territorios ocupados”, ha dicho en sus recientes declaraciones a la TV estadounidense Uzi Landau, Ministro de Seguridad de Israel: “somos un pueblo que vuelve a casa” (Said, 2002: 6). Por tanto, Israel prosiguió e intensificó su política de expulsión y colonización¹⁰.

Al no esperar ya ayuda de los países árabes, a partir del 67 se va a producir una oleada de atentados de la OLP para mantener viva en la opinión pública la existencia de la causa palestina. Pero la hábil propaganda judía sacará provecho de ello: a mediados de los 70, Israel empezó a usar la palabra “terrorista” para describir cualquier acto de resistencia palestina, norma que adoptará desde entonces para eliminar la diferencia entre puro terror y resistencia armada (Said, 2002: 2). Así, en la opinión pública irá calando la asociación mental entre “palestino” y “terrorista”.

Otro suceso clave para los intereses israelíes fue su incursión en el Líbano de 1982¹¹: pretextando “autodefensa”, Israel desencadenó la operación “Paz en Galilea”, durante la que bombardeó

¹⁰ En octubre de 1978, Ariel Sharón, entonces Ministro de Agricultura del gobierno de Beguín, presentó el Plan Dobres (1979-1983) para intensificar la colonización en Judea y Samaria. El 22 de marzo de 1979 el CS de la ONU aprobó la Resolución 446 exigiendo a Israel que desmantelara los asentamientos de los TTOO; Israel no la cumplió, y la ONU le volvió a condenar en julio de ese año. En 1981 Sharón se convirtió en Ministro de Defensa, y se intensificó la política de colonización (Álvarez-Ossorio, 2001: 130, 132, 307)

¹¹ En esta ofensiva Ariel Sharón era el Ministro de Defensa del gobierno de Beguín. Testimonios recientes confirman que su objetivo era asesinar a Arafat. Cuando, a raíz de los acuerdos de Oslo de 1993, Arafat entró en Gaza en 1994 como Presidente de la Autoridad Palestina, Sharón declaró que se arrepentía de no haberlo asesinado en Beirut. Y Edward Said (2002: 1, 2) apostilla que no fue por no haberlo intentado también en numerosas ocasiones posteriores. La invasión del Líbano había sido precedida por otras en 1976 y 1978, en las que perpetraron masacres en los campos de refugiados de Tal Za'tar o Karantina.

Egipto, Siria y Jordania. En realidad, como dijo Rabín en 1968, fue sólo un “pretexto”, o una ocasión para expandirse, como declararon varios líderes israelíes: “no había amenaza de destrucción”, pero “el ataque estaba justificado en todo caso para que Israel pudiera existir según la escala, el espíritu y la calidad que ahora encarna” (JJ: 16)

Así esas tierras se convirtieron en lo que hoy se denomina “Territorios Ocupados” (TTOO). El general Moshé Dayán, héroe de la guerra del 67, era consciente de la usurpación, porque dijo más tarde: “Este país ya estaba poblado por árabes, y estamos estableciendo aquí un estado hebreo, es decir, judío (...) Las aldeas judías fueron construidas remplazando a las aldeas árabes. No hay una sola comunidad en el país que no haya tenido antes una población árabe”. “Les estamos quitando su tierra ante sus propios ojos” (JJ: 24, 26) Dayán confesó también que provocaron a Siria metiendo tractores en sus tierras para que dispararan y poder atacar ellos (JJ: 16). Su biógrafo aclara las tácticas israelíes para apoderarse de esa tierra, como la de “inventar peligros” para entrar en el ciclo de “provocación-revancha” –táctica que han seguido practicando con asiduidad y que también está usando ahora el eje Bush-Blair-Sharón–, pues consideraba la espada como principal arma de Israel y deseaba una guerra con los países árabes para expandirse más allá de sus fronteras en busca del Gran Israel bíblico (JJ: 26)

A partir del 67 los “Territorios Ocupados” quedaron sometidos al control de Israel, que volvió a conculcar la legalidad internacional incumpliendo las distintas resoluciones de la ONU, como la 242 que le exigía retirarse porque se juzgaba “inadmisibles la adquisición de territorios por la guerra”. Pero, según la interpretación sionista, no tiene sentido hablar de *ocupación* de Gaza y

Cisjordania: refiriéndose a esos “territorios ocupados”, ha dicho en sus recientes declaraciones a la TV estadounidense Uzi Landau, Ministro de Seguridad de Israel: “somos un pueblo que vuelve a casa” (Said, 2002: 6). Por tanto, Israel prosiguió e intensificó su política de expulsión y colonización¹⁰.

Al no esperar ya ayuda de los países árabes, a partir del 67 se va a producir una oleada de atentados de la OLP para mantener viva en la opinión pública la existencia de la causa palestina. Pero la hábil propaganda judía sacará provecho de ello: a mediados de los 70, Israel empezó a usar la palabra “terrorista” para describir cualquier acto de resistencia palestina, norma que adoptará desde entonces para eliminar la diferencia entre puro terror y resistencia armada (Said, 2002: 2). Así, en la opinión pública irá calando la asociación mental entre “palestino” y “terrorista”.

Otro suceso clave para los intereses israelíes fue su incursión en el Líbano de 1982¹¹: pretextando “autodefensa”, Israel desencadenó la operación “Paz en Galilea”, durante la que bombardeó

¹⁰ En octubre de 1978, Ariel Sharón, entonces Ministro de Agricultura del gobierno de Beguín, presentó el Plan Dobres (1979-1983) para intensificar la colonización en Judea y Samaria. El 22 de marzo de 1979 el CS de la ONU aprobó la Resolución 446 exigiendo a Israel que dismantelara los asentamientos de los TTOO; Israel no la cumplió, y la ONU le volvió a condenar en julio de ese año. En 1981 Sharón se convirtió en Ministro de Defensa, y se intensificó la política de colonización (Álvarez-Ossorio, 2001: 130, 132, 307)

¹¹ En esta ofensiva Ariel Sharón era el Ministro de Defensa del gobierno de Beguín. Testimonios recientes confirman que su objetivo era asesinar a Arafat. Cuando, a raíz de los acuerdos de Oslo de 1993, Arafat entró en Gaza en 1994 como Presidente de la Autoridad Palestina, Sharón declaró que se arrepentía de no haberlo asesinado en Beirut. Y Edward Said (2002: 1, 2) apostilla que no fue por no haberlo intentado también en numerosas ocasiones posteriores. La invasión del Líbano había sido precedida por otras en 1976 y 1978, en las que perpetraron masacres en los campos de refugiados de Tal Za‘tar o Karantina.

Beirut, con el objetivo de acabar con la resistencia palestina y con su líder Arafat, causando 20.000 muertos, la mayoría de ellos entre la población civil libanesa. Y con la ayuda de las Falanges libanesas perpetraron las terribles matanzas de Sabra y Chatila (16/18-11-1982), de las que está acusado Ariel Sharón en los tribunales internacionales¹². Ambas acciones serán condenadas por la ONU, que le exigirá retirarse, pero Israel seguirá ocupando el sur del Líbano hasta el año 2000.

La total impunidad de la actuación israelí dejó claro ante el mundo que ni los EE.UU. ni los regímenes árabes de la región harían nada para frenar los ataques de su poderoso ejército. Desde 1948, EE.UU. ha venido dando su apoyo incondicional al Estado de Israel y le ha garantizado la supervivencia con ayudas directas y con su apoyo en los organismos internacionales¹³, entre otras razones, porque el *lobby* judío y su capital dominan los medios de comunicación y las grandes multinacionales, y tienen mucho peso en las campañas electorales. Por otro lado, cuentan con la connivencia de distintos países de Europa, aún culpabilizados por el Holocausto nazi. Y los dirigentes árabes, que en un principio

¹² La masacre de Sabra y Chatila será condenada también por la opinión pública israelí, y la Comisión Kahane (8-2-1983) consideró a Sharón como su instigador, por lo que éste tuvo que dimitir tres días después (Álvarez-Ossorio, 2001: 308)

¹³ El 14 de octubre de 1974, EE.UU. e Israel rechazaron la Resolución 3210 de la ONU en que se reconocía a la OLP como representante legítima del pueblo palestino, pero el 13 de noviembre Arafat se dirigió a la Asamblea General de la ONU diciendo: "Traigo una rama de olivo en una mano y un fusil en la otra. No dejéis que la rama de olivo caiga de mi mano". La Resolución 3236 (22-11-1974) sobre el derecho palestino a la autodeterminación, la independencia y la soberanía, y al retorno de los refugiados, volvió a ser desoída por Israel. El 3 de septiembre de 1975 EE.UU. acordó con Israel no negociar con la OLP hasta que ésta aceptara las resoluciones 242 y 328, reconociera a Israel y rechazara el uso de la violencia.

apoyaron a los palestinos, luego se han mostrado incapaces de hacer nada eficaz por defenderlos¹⁴.

Tras una etapa de olvido internacional sobre la cuestión palestina, el estallido de la primera *Intifada* (1987-1990) en diciembre de 1987 sensibilizó a la opinión pública internacional al mostrar la brutalidad que empleaba el poderoso ejército israelí contra niños y jóvenes armados con piedras¹⁵. La Comisión de Derechos Humanos de la ONU ha considerado muchas de esas acciones como "crímenes de guerra", y la Resolución 605 (22-12-1987) condenó la represión, con la abstención de EE.UU. ¿Fue una casualidad que en esta atmósfera EE.UU., con Bush padre a la cabeza, liderara una coalición internacional para desatar la Tormenta del Desierto sobre Iraq (Guerra del Golfo de 1990-1991), que luego pusiera en marcha el denominado *Nuevo Orden Regional* para Oriente Medio y que pensara en una Conferencia de Paz?

Lo cierto es que EE.UU., la URSS y distintos países europeos y árabes iniciaron un controvertido "Proceso de Paz", que comenzó en Madrid en octubre de 1991 y culminó en los Acuerdos de Oslo de 1993, en los que se planteaba la creación de unas zonas autónomas en Cisjordania y Gaza que podrían desembocar en un Estado Palestino al cabo de cinco años. Pero Israel los torpedeó, violando impunemente los derechos palestinos y aumentando sus asentamientos; y poco después, los partidarios de *judaizar*

¹⁴ Según Said, el *lobby* israelí es tan fuerte que ha convertido al poder legislativo del gobierno de EE.UU. en "territorio ocupado por Israel", mientras que el *lobby* árabe, aún existiendo, funciona con mucha menor eficacia.

¹⁵ EE.UU. consideraba la *Intifada* como una guerra entre israelíes y palestinos, cuando se trataba de un ejército ocupante que aplastaba a los ocupados armados con piedras. Madelaine Albright lo resumía así: "esos lanzadores de piedras están sitiando [sic] a Israel".

Palestina no dudaron en acabar con tan tímidas esperanzas, asesinando a Rabín (4-11-1995). Además, cada denuncia palestina de la violación de los Acuerdos de Oslo ha caído en saco roto, gracias al apoyo que Israel recibe en la ONU de los EE.UU., aunque Israel no podrá evitar las condenas de asociaciones de Derechos Humanos.

De nuevo Pappé (2002a: 4-5) nos proporciona una explicación bien diferente del llamado "Proceso de Paz". Según él, desde 1969 –en que EE.UU. pone en marcha el *Plan Rogers* para Oriente Medio– “la agenda del proceso de paz ha sido un *juego* [sic] de EE.UU. Los estadounidenses inventaron el concepto de ‘proceso de paz’ por el cual el proceso es más importante que la paz”; para mantener sus intereses contrapuestos –protección de Israel y protección de determinados regímenes de Oriente Medio que piden el apoyo a la causa palestina–, “es mejor tener un proceso de paz que no sea ni la guerra ni la paz”. Así, mediante la Resolución 242, Tel Aviv, Londres, París y Nueva York “inventan el concepto de ‘paz por territorios’”, lo que supone borrar de la agenda los sucesos de 1948 y enfocarla a lo sucedido en 1967, “permitiendo a los palestinos hablar de construir algo parecido a una entidad política en el 20% de Palestina”, a cambio de renunciar definitivamente al 80% restante. Y este proceso debe “mantenerse permanentemente”, evitando tratar las cuestiones de fondo, pues una solución justa sería inaceptable para Israel¹⁶.

¹⁶ La medida del rechazo israelí a cualquier solución justa –si se puede ya hablar de justicia– la da la Corte Suprema israelí en 1989, cuando decidió que cualquier partido que abogara por la plena igualdad entre árabes y judíos no podría presentarse a las elecciones (JJ: 30) Por otro lado, los Acuerdos de Oslo serán limitados por los Acuerdos de Taba de 1995, con la connivencia entre EE.UU. Netanyahu, elegido Presidente el 30 de mayo de 1998, cambió al concepto de “paz por territorios” por “paz por seguridad”; y en julio de 1998 se presentó el plan israelí para crear el “Gran Jerusalén” acelerando la *judaización* de la ciudad.

En septiembre del 2000 la visita de Sharón a la explanada de las mezquitas provocó¹⁷ la segunda *Intifada*, que Pappé (2002: 6) define como un “movimiento popular determinado a paralizar un proceso de paz que habría destruido Palestina de una vez por todas”. La administración Clinton había intentado relanzar el agornizante “Proceso de Paz” desde 1999, pero las intensas negociaciones de Camp David II no condujeron a un acuerdo, según Pappé (2002: 5), no sólo por el estallido de la segunda *Intifada*, sino porque el ofrecimiento del gobierno de Barak –vendido a la opinión pública como “la oferta israelí más generosa nunca hecha para la paz”¹⁸– era inaceptable. “Si este proceso hubiera tenido éxito, la historia habría sido testigo, no sólo de la expulsión de los palestinos de sus hogares en 1948, sino de la erradicación de nuestra memoria colectiva de los refugiados, de la minoría palestina de Israel, y quizás, incluso, de Palestina”. Dada la represión israelí contra los palestinos que se está produciendo al amparo del ataque a Iraq, puede predecirse que si se reanuda el “proceso de paz”, las ofertas no serán más “generosas”, a pesar de las declaraciones que se están haciendo sobre el tema.

Netanyahu también congeló los acuerdos de Wye (1998). Actualmente, toda la vida palestina sigue sometida a Israel, incluida su economía. Y cada vez que el Consejo Nacional Palestino quiere proclamar su Estado, EE.UU. le convence para que lo aplaque (dos veces en el 2000)

¹⁷ No fue su primera provocación, pues en diciembre de 1987 trasladó su residencia al barrio musulmán de la Ciudad Vieja de Jerusalén. En esos momentos Sharón era Ministro de Industria y Comercio.

¹⁸ Barak alardeó en público de “no haber devuelto ni una pulgada de tierra a los palestinos” (JJ: 38). Pero el israelí Uri Avnery consideró inaceptables las ofertas de Barak, apoyadas por EE.UU. y añadió: “Para el resto del mundo [fuera de los EE.UU.], los palestinos están combatiendo una guerra de liberación contra una ocupación extranjera. Estamos en su territorio, ellos no están en el nuestro. Somos los ocupantes, ellos son las víctimas” (JJ: 36)

El fracaso de la cumbre de Camp David II del 2000 se saldó con la llegada al poder en Israel del ultra-derechista Ariel Sharón en febrero de 2001, que puso en marcha su plan para acabar con los palestinos¹⁹. Poco después, en junio de 2001, llegó a la presidencia de EE.UU. George Bush hijo, que nombró Vicepresidente a un judío, Dick Cheney²⁰. Desde entonces, como la familia de Bush y muchos miembros de su administración tienen importantes intereses en las compañías petrolíferas, Bush intentará conciliar dos necesidades contrapuestas: por un lado, proteger a Israel²¹, y por otro, no enemistarse con los principales productores petroleros de la región. Así, mientras declaraba su deseo de que se creara un Estado Palestino en el futuro, se ha entrevistado en numerosas ocasiones con Sharón (7-5-2002), al que llegó a llamar “hombre de

¹⁹ Edward Said (2002: 3, 5, 10), que es muy crítico con el régimen de Arafat y su táctica negociadora, lamenta cómo la vida de Arafat “está literalmente pendiente de un hilo; sus desmoronadas oficinas en Ramala están igualmente sometidas al cerco, mientras Sharón hace todo lo posible por herirle hasta que caiga muerto”. También denuncia las tácticas del ejército israelí, que, sin aportar pruebas, asesina y/o detiene a palestinos sospechosos de ser “terroristas”, destruye sus casas y negocios con la excusa de que en ellas se fabrican bombas o albergan a células terroristas, o asola ciudades, arrasa campos productivos, impone toques de queda, cierra escuelas y universidades, o impide el paso de las ambulancias y la ayuda médica con el pretexto de su seguridad. Esta actuación israelí ha producido, según el informe de Larsen, administrador de Naciones Unidas en los Territorios Ocupados, una auténtica catástrofe humana, pero para EE.UU. son simples “daños colaterales”

²⁰ Además, según Jason Vest (en *The Nation*, 2-11-2002) hombres del ultra-derechista Instituto Judío para la Seguridad Nacional (JINSA) y del Centro para la Política de Seguridad (CSP) pueblan los comités del Pentágono y del Departamento de Estado (Cfr. Said, 2002: 5)

²¹ EE.UU. e Israel se retiraron de la Conferencia Mundial sobre el Racismo (31-8-a 9-9-2001), de la ONU, por las excesivas críticas hacia Israel en el borrador de declaración.

paz” [sic], y ha vetado las resoluciones de condena a Israel por sus graves violaciones de los derechos de los palestinos.

La “tercera coyuntura” favorable para que Israel desaloje a los palestinos de los TTOO e incluso para que pueda expandirse aún más en un futuro se le ha presentado como consecuencia del proceso bélico iniciado tras los terribles atentados contra las Torres Gemelas y el Pentágono del 11 de septiembre del 2001, atribuidos a Bin Ladin y a su organización *al-Qa’ida*²². De hecho, ya se ha ampliado el abismo que estaba abierto ante los palestinos. Por un lado, la cruzada internacional contra el terrorismo ha sido utilizada por Sharón para enterrar definitivamente el “proceso de paz” y acabar con la Autoridad Palestina²³. Por otro, la asociación

²² Aunque hay serias dudas de su autoría (cfr. Alami, 2001)

²³ Por ejemplo, con la ocupación inmediata de Yenín y Jericó, seguida por la de las otras ciudades palestinas, mientras EE.UU. vetaba un borrador de resolución contra la violencia israelí (dic. 20001); con la retención de Arafat en Ramala y el bombardeo de su *Mukata* (29-3-2002, 20-9-2002); con asesinatos selectivos, demolición de casas y la larga lista de barbaridades de todos conocidas.

Ante tantos abusos, no han faltado manifestaciones en favor de la paz en Israel, iniciadas por una de 1500 palestinos e israelíes (30-12-1989), o militares que se niegan a servir en los territorios ocupados o dimiten, como hizo en 1989 el general Karp tras presentar un informe sobre la violencia de los colonos contra los árabes en la que decía: “¿Cómo es posible que [el gobierno] adopte medidas contra cada árabe que lanza una piedra mientras que desapueba llevar ante la justicia a los colonos que disparan contra los árabes?” (Álvarez -Ossorio, 2001: 164). También muchos judíos denuncian la situación de *apartheid* de la población palestina, la manipulación informativa de los *mass media* dentro y fuera de Israel, y en especial en EE.UU., y las injusticias que se está cometiendo con los palestinos. Pero fomentar el miedo ha sido un arma eficaz en Israel para evitar que crezca el movimiento en favor de la paz. Ahora la población israelí ha seguido votando a Sharón y se ha provisto de máscaras antigás.

Por otro lado, se está acelerando el plan de construcción de un muro de separación, que traspasará los límites de la línea verde fijados en 1967, y una red de carreteras israelíes en Cisjordania, que dejaría a parte de los palestinos aislados en

mental "palestino = terrorista" se ha ampliado a "palestino-árabe-musulmán = terrorista", porque los *mass media* sólo muestran los aspectos más perversos del mundo arabo-musulmán, de forma que éste quede asociado al concepto de "terrorismo" y de enemigo a batir²⁴.

Las primeras reacciones de la administración Bush se dirigieron contra Afganistán, con la pretensión de acabar con Bin Ladin y su organización²⁵, pero su aparente fracaso les llevó a diseñar un "eje del mal", formado por países de mayoría islámica, como

una especie de *bantustanes*, y a otra parte de ellos dentro de las zonas de seguridad israelíes como ciudadanos de segunda clase.

²⁴ Según Said (2002: 2, 5, 7-9, 12-13), es necesario este proceso de "deshumanización sistemática" de enemigos que se contemplan a muchísimas millas de distancia para que el mundo contemple impasible cualquier acción contra ellos. Por un lado, la prensa más influyente de EE.UU. –como *The New Yorker* o *The New York Times*–, no ha publicado nada sobre el punto de vista árabe acerca de los atentados del 11 de septiembre, pero es prolija a la hora de presentar a los palestinos como fabricantes de bombas y bombas humanas o de mezclarlos sutilmente con Iraq. Por otro lado, al igual que en Israel, en EE.UU. se estimula el patriotismo ciego y la alarma de la población para que apoye los planes de la administración Bush de "autodefensa preventiva" y se fomentan las delaciones para detener a sospechosos árabes y musulmanes. La presencia de Israel en EE.UU. impide a los americanos tomar conciencia de estas manipulaciones y ha hecho abdicar de su función al Congreso. Además, la teoría del "choque de civilizaciones", propugnada por Huntington y tan en boga en la actualidad, ha invadido el pensamiento y la acción, no sólo en EE.UU. sino en el resto de Occidente.

²⁵ Said (2002: 5-6, 7) afirma que en el mundo arabo-islámico se percibe a Israel y a EE.UU. como los creadores de los extremistas de la *yihad*, entre los que destacaba el propio Bin Ladin, y que la población árabe que se opone a sus propios regímenes despóticos verán el ataque contra Iraq como un ataque contra todo el mundo árabe. También denuncia que se atacará a Iraq para beneficiar a Israel, al que se le permite adquirir grandes arsenales de armas de destrucción masiva, y que se buscan esas armas en Iraq, pero no donde están con certeza (Israel, Pakistán o el propio EE.UU. por citar algunos ejemplos)

nuevo blanco de su "cruzada contra el terrorismo internacional". A partir de entonces, la administración Bush, con la ayuda británica, ha orquestado la campaña para acabar con el régimen iraquí, mientras está tomando otras medidas ante los desafíos nucleares de Corea del Norte.

¿Por qué ha elegido continuar su cruzada precisamente por Iraq? Entre otras muchas e importantes razones –algunas de las cuales ya se han señalado–, porque, para su proyecto geoestratégico, necesita proteger a Israel, su principal aliado en la región. Con este ataque, ambos salen ganando: EE.UU. continúa su asentamiento en una zona rica en petróleo, e Israel se queda con las manos libres para completar su proyecto sobre Palestina, como pone de relieve Pappé (2002: 2): "No sorprende leer hoy en la prensa israelí que Ariel Sharón piensa que él es el nuevo Ben Gurión, que está a punto de conducir a su pueblo a otro nuevo momento revolucionario –la guerra contra Iraq– en el que la expulsión, y no la solución política, puede ser utilizada de hecho para completar más aún el proceso comenzado en 1882 de *desarabizar* Palestina y *judaizarla*". Y además existe el riesgo de que, tras la guerra, Israel quede en condiciones de ampliar sus dominios.

Las masivas manifestaciones que se produjeron el 15 de febrero en todo el planeta han puesto en evidencia el peligro que representa para la paz mundial la política de las administraciones norteamericana y británica en Oriente Medio, pero sigue sin salir a la luz la importancia del papel que juega Israel y su política en esta crisis. La comunidad internacional sigue mirando para otro lado ante las atrocidades que está cometiendo, sin relacionarlas con esta guerra, y sigue aplicando el doble rasero. Si están justificados los reproches que se hacen a Saddam Husain y a su régimen, similares reproches se le tienen que hacer a Ariel Sharón y al Estado de Israel por muchas razones:

- Sharón comenzó su carrera política como “terrorista” en los años 50 y 60, dirigiendo la Unidad 101 que asesinó a civiles árabes y arrasó sus casas con la aprobación de Ben Gurión, y la siguió dirigiendo las operaciones de “pacificación” de Gaza y Cisjordania en 1970 y 1971 o en la campaña contra el Líbano de 1982.
- Sharón ha cometido crímenes contra la humanidad: está acusado de las masacres de Sabra y Chatila de 1982, y desde que está al frente del gobierno israelí ha machacado sistemáticamente a los palestinos –recuérdese, entre otras, la reciente masacre de Yenín (4-4-2002), por no hablar de la violación continua de sus derechos.
- Israel practica el “terrorismo de estado”²⁶ contra la población civil palestina, sometiéndola a todo tipo de privaciones, vejaciones y humillaciones: detenciones administrativas sin juicio, deportaciones y asesinatos selectivos de pretendidos terroristas o de autoridades electas palestinas, demolición de miles de casas, cortes de luz y agua, expropiaciones de tierras, tala de árboles, desecación de pozos, cierre de fronteras con el consiguiente paro palestino, estrangulamiento de sus recursos económicos, o destrucción de los organismos de una Autoridad Palestina refrendada por los Acuerdos de Oslo, por no hablar de las masacres mencionadas o los atentados del Mossad dentro y fuera de

²⁶ “Judíos por la justicia” (p. 19) –que rechaza todo terrorismo, aunque analiza el contexto del palestino– acusa a Israel de Terrorismo de Estado, incluso antes de su constitución, por su política de represalias desproporcionadas, como matar a 50 ó 100 palestinos por cada muerto judío, a lo que podría añadirse la actual reocupación de los TTOO, y todas las atrocidades que está cometiendo como “represalia” a la violencia palestina.

- Israel. La impunidad de la que goza está fomentando la radicalización de la población palestina, así como la de los países árabes y musulmanes, lo que aumenta los riesgos de expansión del “terrorismo internacional”.
- Israel tiene armas de destrucción masiva –en la central de Dimona y en otros lugares se fabrican bombas nucleares (cfr. Pearce, 2003)– y tiene el ejército más poderoso de Oriente Medio, que ya ha atacado a Egipto en 1956 y 1967, a Jordania en 1965 y 1968, a Siria en 1967, al Líbano en 1968, 1972, 1973, 1976, 1978, 1981 y 1982, a Iraq en 1981, o a Túnez en 1985; que ha ocupado ilegalmente el Sinaí desde 1967 al 1980/82, el Golán desde 1967 a la actualidad, la zona sur del Líbano de 1982 al 2000, o los territorios palestinos de Gaza y Cisjordania desde 1967; y que ha reocupado las zonas autónomas palestinas en la última *Intifada*. Estas actuaciones han sido condenadas por la ONU, que las considera como una amenaza para la paz y la seguridad internacionales (JJ: 16)
 - Pero tal vez el hecho más llamativo en la actual crisis es que, si Iraq ha incumplido las resoluciones de la ONU desde la Guerra del Golfo en 1991, el Estado de Israel, por sólo citar un ejemplo, las ha incumplido sistemáticamente desde su creación en 1948, ante la pasividad de la comunidad internacional y con el apoyo de la administración de EE.UU., que veta o se abstiene en cualquier resolución de condena contra Israel.
- Paso a paso, y por la vía de los “hechos consumados”, el proyecto sionista se ha ido abriendo camino, y la ocupación de Iraq le brinda una magnífica ocasión para culminar la *desarabización* de

Palestina, "una oportunidad extraordinaria para *solucionar*²⁷ el problema", para "resolver la cuestión palestina de una vez por todas", en aparente contradicción con los discursos oficiales de la coalición que ha ocupado Iraq. (Cfr. Gutride, 2002)

Según Pappé (2002: 6), el discurso del *transfer*²⁸ y la expulsión, que antes era propio de la ultra-derecha israelí, ahora es un referente del centro, y "si comienza una guerra contra Iraq, el *transfer* deberá formar parte de la agenda". Existe, por tanto, un riesgo real de que Israel acelere sus planes de ocupar toda Palestina y se repita la "limpieza étnica" de 1948, ya que sus dirigentes saben que tiene carta blanca de EE.UU., y que serán "condenados por el mundo, pero eso durará poco y al final se olvidará", gracias a la ayuda de sus poderosos protectores. Pero, como también dijo el poeta palestino Ibrahim Tuqán, "matar a un individuo es un crimen; matar a un pueblo entero es un asunto a discutir".

* * *

Por todo lo expuesto se puede concluir que las pretendidas razones de Bush y Blair para atacar a Iraq son sólo una cortina de humo para ocultar los oscuros intereses que se esconden tras su empresa: entre ellos, el ya evidente de instalarse en la región, apoderarse de sus recursos petrolíferos y controlar la economía

²⁷ Este término –y los acontecimientos que se han ido produciendo– recuerdan siniestramente a la "solución final" iniciada por Hitler en 1936 y ultimada en Wannsee en 1942, que conducirá al Holocausto judío.

²⁸ *Transfer* es el término inglés que el sionismo utiliza para designar la política de desalojo forzoso de la población palestina de sus hogares y de sus tierras mediante la expulsión directa o mediante la presión sistemática (militar, administrativa y económica) bajo la ocupación (Pappé, 2002: 8n2)

mundial –incluida la de Europa ¡atención a este dato! (cfr. Harris, 2003 o Valverde, 2003)–, y el aún silenciado de proteger y consolidar a Israel, su necesario aliado, aunque éste estado no respete los derechos humanos del pueblo palestino, haya atacado y ocupado ilegalmente zonas de los países vecinos y los territorios palestinos y haya incumplido de manera sistemática las resoluciones de las Naciones Unidas desde 1948.

Es evidente que la política belicista del eje Bush-Blair-Sharón sí supone una grave amenaza para la paz mundial, mayor incluso de la que podía suponer la del debilitado Iraq²⁹. Por desgracia, el eje anglo-americano-israelí no va a renunciar a sus metas por lo mucho que se juega en el envite –como están demostrando los acontecimientos–, aunque tal vez la oposición de la sociedad civil internacional y la denuncia de los verdaderos intereses que se esconden tras su agresión puedan ayudar a paliar o modificar las consecuencias previsibles e imprevisibles de la ocupación de Iraq. De hecho, ya están obligándoles a negar esos intereses, pero la comunidad internacional debe seguir atenta el proceso para que las administraciones de EE.UU., Gran Bretaña e Israel no logren los turbios objetivos que están persiguiendo.

²⁹ Desde la Guerra del Golfo de 1991 –liderada por EE.UU.– ha desaparecido la imagen de Iraq como "un gran país árabe próspero y diverso", que contaba con el mayor número de lectores del mundo árabe y con una gran industria editorial, con una clase media profesional culta y competente, y con mucha riqueza natural. También se ha ignorado el sufrimiento del pueblo iraquí sometido desde hace doce años al embargo, similar al calvario del pueblo palestino, y la destrucción de la infraestructura del país. Y todo ello porque apoderarse del petróleo iraquí, que Saddam tenía comprometido con Rusia, Francia –lo que explicaría también, en parte, su oposición en el CS de la ONU al ataque contra Iraq– y otros pocos países, libera a EE.UU. de su dependencia del petróleo saudí. Por ello también las negociaciones de Bush y Putin sobre el petróleo que recibirá recuerdan a la generosa oferta de Bush padre a Rusia en la guerra del 91 (Cfr. Said, 2002: 4)